



Discurso pronunciado en la Inauguración de Cursos y Colación de Grados de 1943

POR EL

Ing. Rodolfo Martínez
Rector de la Universidad

Una vez más la ceremonia solemne nos congrega y venimos a ella a renovar en la emoción repetida y siempre nueva, el propósito de aunar voluntad y esfuerzo al servicio de la cultura del país.

Y pocas veces ocasión tan propicia como ésta para señalar ante maestros y estudiantes no sólo la realidad de nuestros problemas, sino también el empeño y la contracción por resolverlos.

Para ello ha contado el Rector con la colaboración permanente de los señores Consiliarios, con la preocupación y estudio de las Facultades, Institutos y Escuelas. Una amplia solidaridad en el trabajo y un deseo de ser útil al interés superior de esta Casa, de la que todos nos sentimos hijos, y cuya irradiación espiritual resulta tan poderosa que la sabemos capaz de mejorar nuestras propias debilidades y estimular el empeño de nuestra dedicación para servirla.

El año 1942 ha señalado una acción de singular relieve de nuestra Universidad en congresos y conferencias de importancia argentina y continental, y que se realizaron en ella por su iniciativa o bajo su auspicio. El Congreso de Ingeniería, quizá el más importante de esta índole realizado en el

país, presidido en su sesión inaugural por el Excelentísimo señor Presidente de la Nación, y con la concurrencia de embajadores extranjeros, ministros nacionales, además de las altas autoridades de la Provincia, sirvió para demostrar, por el valor de los trabajos, por la participación de profesores de nuestra Facultad y de profesionales de Córdoba, la importancia de nuestra Escuela de Ingeniería y lo mucho que de ella puede esperarse para el progreso técnico e industrial de la República.

La Unión Argentina de Ingenieros y el Centro Nacional de Ingenieros rindieron con tal motivo a la Universidad de Córdoba, el más significativo de sus homenajes, y la Conferencia Nacional de Aeronáutica reunida más tarde expresó a ésta y a la Facultad de Ingeniería, su agradecimiento por su contribución al desarrollo de los estudios aeronáuticos en la República, con su escuela de ingenieros especializados. Dejar constancia de estos hechos me parece un deber de justicia para con la escuela y para con sus maestros.

La Facultad de Medicina, cuya labor meritoria me ha sido dado con frecuencia destacar, ha ocupado la mayor de mis preocupaciones. No ha sido una preferencia que desde un punto de vista universitario no sería capaz de tener, sino porque su enorme desarrollo, la conservación y acrecentamiento de su prestigio, así lo exigían y porque el constante progreso de la ciencia médica hacía necesario el satisfacer sus demandas. Puedo afirmar que ninguna aspiración de la Facultad en orden a su desenvolvimiento, ha dejado de tenerme a su servicio. El aumento de su presupuesto y el mejoramiento para su enseñanza en cerca de cuatrocientos mil pesos; las obras para una más adecuada instalación de sus institutos, han contado con todo el apoyo de la Universidad; así el Instituto de Clínica Quirúrgica, el de Anatomía, la Escuela de Odontología y la ampliación de la propia Facultad, obras alguna ya contratada y otras en vía de ejecución. Para la instalación del Instituto de Clínica Quirúrgica se ha conseguido del gobierno de la provincia la donación del terreno necesi-

rio, por lo que la Universidad se hace el deber de expresarle su reconocimiento.

Pero el problema de fondo de la enseñanza médica en Córdoba, consiste en su hospital-escuela. El habrá de afrontarse sin pérdida de tiempo y he de escuchar como correspondiente la opinión de la Facultad. Resuelta la reconstrucción del antiguo Hospital de Clínicas y ya verificada la parte correspondiente al pabellón de especialidades, debe considerarse hoy, que se tiene la seguridad de la construcción del Instituto de Anatomía, si no será de mejor resultado para la enseñanza pensar en un nuevo hospital independiente del actual, para que entre ambos sirvieran las necesidades de las cátedras. El costo creo que no sería mayor y Córdoba se beneficiaría por la obra de asistencia social que ambos prestarían. La autorizada opinión de quienes conocen el problema técnico y docente, será factor decisivo en las gestiones que deberán iniciarse.

La angustia de locales es general para la Universidad y por ello he pensado en la necesidad de afrontarlos en conjunto, para lo cual he designado una comisión compuesta por los señores Decanos para su estudio, la que este año deberá afrontar el problema en su integridad.

La Facultad de Derecho, que significa uno de los más auténticos prestigios de esta Casa de estudios, que nos vincula al pasado y nos enorgullece en el presente, ha intensificado sus propósitos de investigación en nuevos seminarios y ha modificado su plan de estudios, dándole un sentido más completo en orden a la cultura de los futuros abogados.

- El no mencionar una a una la labor de cada escuela o instituto, no significa el no reconocer el mérito de sus trabajos, acreditado en sus investigaciones y en las publicaciones que las difunden, habiendo algunos como los de Estudios Americanistas, Derecho Civil y Escuela de Ciencias Económicas, cuya importancia es reconocida en el país, y otros, como el de Tisiología, que hacen honor a la República y a la ciencia médica argentina.

Los institutos de reciente creación: el del Cáncer, el de

Arqueología, Lingüística y Folklore, el de Investigaciones Económicas, el de Comunicaciones y Transportes y el de Bellas Artes, como el Departamento de Cultura Física, tienen en el año corriente recursos para iniciar sus actividades o ampliarlas en forma necesaria.

Cumplimos propósitos que enunciamos al asumir el cargo que desempeño: completar y mejorar los servicios de las escuelas fundamentales de la Universidad, pero no estar ausentes tampoco de las inquietudes de orden científico y práctico, que la vida contemporánea plantea y cuyo estudio es exigencia para una casa de alta cultura.

Pero la dedicación empeñosa a nuestras tareas y el recuerdo de la labor realizada, no puede hacernos olvidar preocupaciones que, vinculadas a ellas, nos permiten contemplar el panorama de nuestro propio país desde un punto de vista más general, con desinterés, como cuadra a la responsabilidad que afrontamos y vinculando la acción que como pueblo nos incumbe en el desarrollo de su propio porvenir y con la proyección que deseamos para su prestigio en la historia general del mundo.

Las naciones para que perduren en la historia milenaria, para que no desaparezcan como los individuos, olvidados en el rodar de los siglos, en las transformaciones técnico-sociales, en los cataclismos guerreros, o en las propias construcciones humanas que traspasan el cetro de su poderío a banderas diferentes, es necesario que dejen para el hombre un saldo útil, un ejemplo generoso, un pensamiento que haga luz en el andar incesante, algo que dé sentido y personalidad a su vida, algo que justifique sus heroísmos y sus luchas, sus triunfos y dolores; más poderoso que sus riquezas, más permanente que la victoria de las armas.

Hay pueblos que mueren y sus glorias se apagan; hay otros cuyo imperio no sufre mengua a pesar de que su territorio se empobrece o se aproximan sus fronteras en reducciones dolorosas. Es que los pueblos, como los hombres, necesitan de ideales que sean permanente impulso de sus actividades;

cuanto más nobles, más merecen en el futuro la consagración y el respeto de la humanidad.

Nuestra Patria ha de tener un sentido en la colectividad humana. Ese sentido no seremos capaces de dárselo, si sólo contemplamos la realidad que nos envuelve o el devenir inmediato.

Nuestros antepasados en la historia realizaron la obra heroica de hacer la República, y fué la epopeya y fué la organización. El progreso acentuó nuestra importancia y entramos en el concierto internacional con un alto respeto como pueblo laborioso, amante de la paz y de leal conducta en la vida continental; nos falta completar la obra de nuestros mayores con un contenido espiritual permanente, que sea la razón de ser de nuestro patriotismo igualmente sentido por todos los argentinos, denominador común de nuestros afanes, aunque sean distintos los métodos que creamos eficientes para su realización continuada.

Tenemos que estar de acuerdo en lo que queremos para nuestro país; no la sola riqueza que nos estimule a supremacías económicas, pero que puede, perseguida como afán supremo, perfilarnos en la historia con fisonomía fenicia; no el predominio de las naciones conquistadoras que pudiera llevarnos a hegemonías políticas que no ambicionamos.

La argentinidad ha de ser un ideal de pueblo con proyección benéfica para el hombre, como tributo a su jerarquía y como valoración de su propio destino.

Nuestra aspiración patriótica podrá concretarse en servir a la cultura dando a ésta un contenido moral y teniendo por ideal de vida para el pueblo argentino, el ser un pueblo justo. Apliquemos a esta palabra el valor que históricamente tenía en los tiempos primeros, el que le asignan las escrituras sagradas y al que se aproxima el concepto del Estagirita.

Sentido de justicia individual y colectiva, que sea una preocupación en la casa, cuando el niño abre los ojos a la responsabilidad; que se prolongue en la escuela primaria como una preocupación pedagógica más grande que la de multipli-

car conocimientos excesivos y no siempre ordenados a la mentalidad infantil; que se acentúe en la enseñanza secundaria, donde el adolescente siente con claridad las veces que lo aparta de la justicia el error humano, o su propio interés; y que lo sea también en la enseñanza universitaria, donde el espíritu asimila nuevos conocimientos que dan ya al hombre el sentido de la función social que le toca realizar en la vida colectiva.

Que lo practiquemos los hombres no sólo en la vida íntima, sino en la acción pública; vivir honestamente, no dañar a otro, dar a cada uno lo suyo que enseñaba Ulpiano, que determine las soluciones económicas y la resolución de los problemas políticos, que inspire las leyes y sea norma en la conducta.

Así se cumplirán mejor los postulados que la democracia consagra, y será una realidad sin sombras el imperio de las libres instituciones que vivimos.

Pero un profundo espíritu de justicia no ha de tener por fundamento las bases de un materialismo deleznable, es necesario un sentido de religiosidad que fundamente una moral y que modere los impulsos.

Sobre bases tan firmes puede forjarse la ilusión de sedimentar una cultura, que tendrá como consecuencia por gravitación necesaria y por irradiación inevitable un mejoramiento en el nivel social e intelectual de las masas; cultura que habrá de constituirse con lo que la historia, la tradición y el ejemplo de nuestros mayores nos han dejado, con lo que el pensamiento del hombre haya sido capaz de realizar como la más alta expresión del espíritu y que las generaciones argentinas habrán de ir mejorando o enriqueciendo, con el propósito de servir el más elevado fin: el perfeccionamiento de aquél en una superación permanente de su propia jerarquía.

Obra que no será personal ni sólo de una época, que no excluye el progreso intensivo en el orden de los bienes, porque está por encima de ellos; que no cabe bajo el dominio de las soluciones políticas transitorias, por más que las gran-

des corrientes de opinión podrán contribuir a ellas buscando dar un sentido nuevo a su existencia, que quizás va siendo superada por la fuerza misma de los acontecimientos que agitan y se desarrollan en este momento en la vida del mundo.

Declaro que no se me escapa que éstas ideas pueden parecer de un orden de no fácil adaptación a la práctica inmediata de nuestra vida ciudadana. Pero los que así piensan, olvidan que la formación de la conciencia de un pueblo no se perfila en forma definitiva con la rapidez con que se resuelve un problema financiero, o un régimen tarifario, o un proceso electoral; aquélla es fruto de lenta maduración, es contribución de trabajo, de experiencia, de éxitos y dolores con los cuales se purifica y se conforma.

Por otra parte, creo que no hay tribuna más adecuada para plantear estos problemas que la de esta Casa, donde los espíritus han de formarse en la especulación y el estudio, de la manera mejor inspirada, y pensando sólo en la Patria cuyo interés supremo no pertenece a la realidad presente, sino a la gloria de sus virtudes eternas.

Cuando las fiestas solemnes del centenario de la Universidad de Chile, me tocó el altísimo honor de hablar en representación de todas las universidades americanas para expresar el sentimiento de solidaridad que nos animaba, y me creí en el deber de afirmar los principios que entendía podrían servir al mundo para una reconstrucción en sus dolores.

Pocas veces, debo decirlo, que la adhesión a un pensamiento pudo sentirse más solidaria que en el momento en que el Rector de esta Casa, que creía interpretar el sentir americano, señaló con seguridad: "Hay sin embargo, algo que alienta la fe en que a pesar de los cambios de las nuevas estructuras que podrán señalar los tiempos futuros, no habrán de conmoverse las bases firmes que caracterizan nuestra era; son los principios cristianos no superados por nuevas concepciones, ni mejorados con otras verdades. Las sociedades humanas sólo se transforman sustancialmente cuando las ideas directrices son reemplazadas por otros conceptos que satisfacen más a

la inteligencia y al corazón del hombre. Los individuos, como las naciones y los pueblos, a veces se apartan en la práctica de los nobles postulados que dan fortaleza a las construcciones sociales que vivimos, pero siempre queda como una conciencia del mundo que llama a una superior realidad, es la fuerza innegable de la pureza de principios desinteresados, que hablan de igualdad, de hermandad, de derechos y de deberes hace veinte siglos; la humanidad no ha oído discurso más profundo y más humano que el que pronunciara el hijo del carpintero aquella tarde del sermón de la montaña”.

Meses después el Excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos de América, afirmaba conceptos de análogo sentido cristiano y terminaba uno de sus más notables discursos con las mismas palabras del sermón famoso. Confieso que rara vez la voz autorizada de un jefe de estado de una de las naciones más grandes del mundo, me conmovió tan hondamente como cuando ví repetir desde tan alta tribuna y en el momento de la más dura prueba a que asiste la humanidad, las mismas palabras que, siendo muy niño, en años lejanos ya, escuché de labios de mi madre: “Bienaventurados los que tienen sed de justicia...”. Aún eran verdad y esperanza las palabras del maestro. Los tiempos habrán pasado, pero perdura lo que tiene esencia de eternidad.

En el servicio de la alta dignidad que desempeño me siento en la obligación de expresar mi pensamiento, y así lo hicieron siempre quienes tuvieron el sentido de su propia responsabilidad; no dejan de estimularme las nobles palabras de Sáenz Peña: “Cada ciudadano se debe a sus ideas; yo no podría modificar las mías y ni siquiera me es permitido silenciarlas”.

Señor Abogado: Ha querido mi suerte y vuestro esfuerzo que una misma emoción turbe el espíritu de quien recibe el honor insigne y torne trémula la mano que ha de entregar la recompensa.

Y no ha de sufrir mengua, señores, ni la majestad del acto, ni la severidad de los muros centenarios, al hacer esta



referencia personal cuando me dirigí a vosotros señores premiados, para marcar mejor diferencias y deberes entre las generaciones que comienzan y las que ya desde lo alto miramos el descenso forzoso de la vida.

Cada día tiene su tarea, se lee en los libros santos, cada generación tiene su empeño; al cumplirlo marcará su altitud vital con la que ha de caracterizar su eficiencia y de la cual nos habla con sentido profundo un filósofo contemporáneo.

Los jóvenes reciben de sus padres, de sus maestros, de la historia, una herencia formada de trabajos y de sacrificios ajenos; a veces son dolores que sangran y la vida quisiera prolongarse en rebeldías, otras son éxitos rotundos y la continuidad se inclina a la indolencia. Sobre aquellas bases la juventud se levanta y mira el porvenir. La vida empieza, entonces, a ser sentida en función de la propia personalidad, entran en juego las aptitudes, la capacidad, lo espontáneo y lo deliberado, la fuerza de la voluntad y el interés ajeno, es el caminar con luz de mañana tras un ideal que se forja o que se siente, la quimera que atrae o el bien que se apetece.

Pero la individualidad, por fuerte que sea, no actúa sola, actúa en un medio y el cual está formado a su vez por otras individualidades homogéneas o dispares y ella constituye la corriente que marca el rumbo a una generación. Ese rumbo señala, a su vez, las características de una época. Ortega y Gasset indica que hay dos tipos de épocas, una en la cual "el pensamiento se considera a sí mismo como el desarrollo de ideas germinadas anteriormente, y épocas que sienten el inmediato pasado como algo que es urgente reformar desde su raíz". A aquéllas las llama épocas de filosofía pacífica y a éstas de filosofía beligerante. El filósofo español llama a la nuestra de este último tipo, si se entiende por nuestra, añade, no la que acaba ahora, sino la que ahora empieza. No creo que la diferenciación pueda ser tan absoluta; en los tiempos de filosofías más beligerantes, se salvan principios que dan a la vida del hombre una superioridad innegable en la organización de la naturaleza, y en los tiempos de mayor paci-

fismo los progresos no están exentos de bruscas diferencias, que acusan amputaciones en ideas y conceptos que fueron derroteros ciertos por años y por siglos para la humanidad.

Pero cualquiera sea lo que el destino nos depare, lo cierto es que serán tiempos de zozobra y a éstos ha de enfrentar la juventud, niebla o borrasca, por la senda marcharán los que llevan de nosotros sangre y espíritu, y esa es la angustia que oprime y seguramente no seremos nosotros cuando en el andar fatigoso se quiebren sus ilusiones o haya luz en el camino de sus días de gloria.

Imaginad, pues, si importa grabar hondo las cosas de este día, que han de saber a estímulo para jornadas futuras.

Los padres no tenemos derecho a exigir a los hijos la adaptación integral a nuestro pensamiento; sería crear demasiado en el influjo de nuestra personalidad, o tener una fe peligrosa en la infalibilidad de nuestras verdades. Cada hombre está unido sin duda a los que le preceden y a los que le siguen, "se halla ligado al pasado y al futuro aunque su ser no se extienda fuera del presente", según enseña Alexis Carrel en su libro magnífico; pero este concepto de eslabón necesario en la continuidad humana, no puede llevar al olvido de la propia individualidad con características biológicas y psíquicas que marcan al hombre un camino y le determinan una responsabilidad conforme a su espacio y a su tiempo.

Este concepto se afirma y como realidad se cumple en orden a las generaciones; por ello el progreso se efectúa y por ello también se explican las depresiones, como los ascensos que se observan en el continuo avance del mundo y que constituyen la trama compleja de la historia.

Y esta reclamación de independencia para la valoración y la ejecución de la propia obra toma a veces caracteres de rebeldía, cuando no empieza por una negación rotunda a valores aceptados y cuyo pedestal se trata de conmovier con la crítica despiadada y no siempre justa, como si las auroras nuevas hubiesen de sentirse más luminosas cuando de más cerradas y oscuras se calificaran a las noches precedentes.

Las primaveras exigen su imperio, hay casos en que se pretende olvidar que ha sido necesario el invierno para que sea posible la realidad hermosa de las nuevas floraciones.

La libertad adorada o combatida se hace presente como realidad vital, el hombre pone lo propio en la obra común, y no sólo se extiende la independencia en el juicio del momento de la acción personal, sino que comprende ideas y actos anteriores, la historia misma es observada con la nueva autonomía y con el concepto de corregir la parcialidad de otras se escribe entonces con la parcialidad propia; se cree servir mejor al perfeccionamiento humano y se cumple la sagaz observación de Menéndez y Pelayo, "es condición del entendimiento del hombre no ver agotada nunca la virtualidad de concebir que en sí lleva e imaginar siempre sobre la perfección ya creada otra perfección más alta".

Falta sin duda en la nueva marcha el auxilio poderoso de la experiencia, los ideales se sienten con nobleza y se los persigue con pasión, con la digna pasión en que se proscribiera el interés y se olvida el beneficio. No ha llegado tampoco el gran maestro del hombre, el sufrimiento. "El sufrir pasa, el haber sufrido no pasa", decía con inteligencia León Bloy. Sentencia profunda que explica violencias contra regímenes o cosas que han herido sin saberlo a la justicia, que determina reacciones, hijas del dolor ignorado y por ello mismo más agudo; y que a veces también son la raíz muy honda de virtudes heroicas.

Tales los hechos que señalan su presencia con fuerza incontestable, sin que la excepción o el cerrar los ojos para negarlos puedan comprometer la realidad de su existencia.

No han de interpretarse las afirmaciones que anteceden como el necesario divorcio de las generaciones sucesivas, ni mucho menos como el asentimiento a posiciones revolucionarias contrarias a la unidad de los espíritus, la que ha de tener en la continuidad esencial, la fuerza que hace posible la gravitación de los pueblos por la autoridad de una conducta o por la influencia moral de sus principios.

La prolongación familiar no puede ser sólo en el orden físico, sujeta o no a las leyes de Mendel, sino también en la apreciación de las “normas supremas del hacer humano” como las llama Maritain, la aspiración a la verdad, la inclinación a la justicia, el amor al derecho. Ni la filosofía que él nombra de *equivocidad* y que supone pueda cambiar aquella con el tiempo y las condiciones históricas. Ni la obra de la univocidad “que pretenda convencernos que aquellos principios han de aplicarse siempre de la misma manera y que tampoco debe variar la forma bajo la cual los principios cristianos hayan de adaptarse a las condiciones de cada época”.

Por tales razones la función de la enseñanza no empieza en la escuela ni termina en la universidad; la formación del hombre, que es una tarea de perfeccionamiento, concluye con la vida. Las generaciones que preceden tienen el deber inexcusable con las que les siguen de aportarles los frutos de su esfuerzo, sin que ello importe para estas el negarles la realidad también irrenunciable de su autonomía.

No ha de bastar tampoco ni la máxima austera, ni el consejo previsor, ni será suficiente recordar a la juventud las tres veneraciones que, al decir de Goethe, ha de menester el hombre: “veneración por lo que está sobre él, bajo él y junto a él”, ni recordar con Max Scheler, que es el hombre el único ser vivo que puede adoptar una conducta ascética frente a la vida que lo estremece con violencia; ni que es el único que puede sublimar la energía de sus impulsos en actividades espirituales.

El ejemplo no es sólo obligación personal, tiene el imperio de un mandato colectivo; hemos de practicar las normas que enseñamos para que la juventud crea en ellas; servir a la justicia para que pueda amarla; ser libres y respetuosos de la libertad para que tenga fe en sus beneficios y en orden de nuestras instituciones ser dignos y leales con la democracia para que su culto se avive en su espíritu.

No seamos capaces de crear la decepción de los que nos siguen.

No sé si motivos circunstanciales han puesto en mis palabras un poco más de emoción y me han llevado a ahondar en temas que creo dignos de este momento y de esta cátedra, pero si un mejor juicio disintiera con el mío en la oportunidad de enunciarlos, sé en cambio, que una unánime benevolencia había de excusarme también con emoción el más perdonable de mis errores.

Y al inaugurar oficialmente los cursos de 1943, saludo a la juventud en nombre de esta Casa y desde esta misma tribuna en la cual les he recordado otras veces y con lealtad sus obligaciones, formulo votos no sólo por el éxito feliz en sus empeños, sino porque la acompañe en su tarea el noble y sano optimismo que debe caracterizarla para que se cumpla así la expresión del poeta :

“Salieron los ruseñores a alegrar el corazón con sus dulces cantos, pues si faltaran sus melodías el mundo quedaría triste e insufrible”.
